

El ruido de las cosas al caer ¿Duelo o melancolía?

The Sound of the Things Falling. Grieving or Melancholy?

F. Recibido: 02/05/2018

F. Aceptación: 22/06/2018

MARGA JANETH FERNÁNDEZ RIVAS

*Cómo añoro y recuerdo al viejo Tolima
 Cómo con mi morena podía vivir
 Hasta que una tarde de crudo invierno,
 Tuve que con mi negra salir de allí.
 Me quitaron el rancho con las vaquitas,
 Que aunque eran tan poquitas eran de mí.
 Cómo te extraño entonces viejo Tolima
 ¡Cómo quisiera ahora volver a ti!*

Viejo Tolima (Pasillo). Silva y Villalba

Resumen

Siempre nos han hecho creer, a través de los medios de comunicación y de los bienes culturales del Estado, que Colombia es irremediamente un país violento, perpetuando la melancolía como un estado inmovilizador que transmite de generación en generación una identidad nacional “violenta” difícil de modificar. La literatura y el arte son los llamados a crear una visión reparadora, que acepte la realidad nacional y a su vez plantee alternativas de duelo. La novela “El ruido de las cosas al caer” de Juan Gabriel Vásquez es una de ellas.

Palabras clave

Violencia, identidad, literatura, duelo, melancolía, novela.

Abstract

They have always made us believe through the means of communication and cultural property of the state that Colombia is irremediably a vio-

lent country, perpetuating melancholy as an immobilizing state that transmits from generation to generation a “violent” national identity that is difficult to modify. Literature and art are called to create a restorative vision that accepts the national reality and at the same time proposes alternatives of grieving. The novel “The Sound of Things Falling” by Juan Gabriel Vasquez is one of them.

Keywords

Violence, identity, literature, grief, melancholy, novel.

Hablar de la violencia en Colombia es lamentablemente un tema tan recurrente y paradójico como hablar de la belleza de sus mujeres, la soberbia imponente de su relieve, sus incalculables riquezas naturales y la casi mágica simpatía de sus gentes. En nombre de lo cotidiano, a fuerza de costumbres nos han hecho creer que somos violentos por naturaleza y que como colombianos la resignación debe ir de la mano del valor para sobrevivir en un país en el que del cielo caen como milagros balas “perdidas” que cobran víctimas a diario. Sin embargo, una imagen es la que nos venden los medios de comunicación en su amarillismo exacerbado y otra la realidad nacional en la que si bien es cierto la violencia impera, no es que sea sinónimo de identidad nacional. Alejandra Jaramillo (2018) en su texto *Nación y melancolía* plantea: “No obstante, resulta innegable que la violencia sufrida

por cada uno de los colombianos a lo largo de décadas de conflictos armados, desigualdades y corrupción, ha jugado un papel determinante en la construcción y reconstrucción permanente de identidades individuales y colectivas en el país” (p.35).

Visto de este modo, resulta interesante analizar algunos elementos planteados por el psicoanálisis que nos ayudan a interpretar nuestra realidad en cuanto a la banalización de la violencia como parte de nuestros cuadros de costumbres en la construcción de identidad, al igual que explorar la función de la literatura desde la obra “El ruido de las cosas al caer” (2011) de Juan Gabriel Vásquez, como parte de los bienes culturales que plantean la violencia desde una visión reparadora.

En 1917 aparece la obra “Duelo y melancolía” de Sigmund Freud en la que la aficción del duelo es contrastada y diferenciada de

En nombre de lo cotidiano, a fuerza de costumbre nos han hecho creer que somos violentos por naturaleza y que como colombianos la resignación debe ir de la mano del valor para sobrevivir en un país en el que del cielo caen como milagros balas “perdidas” que cobran víctimas a diario.



la melancolía. Dice Freud (1981) “El duelo es la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, la patria, la libertad, un ideal, etc.” (p.241). Es el dolor profundo frente a una pérdida en la que el sujeto no logra ubicar y entender su sentido, tornando su mundo pobre y vacío. Sin embargo, no hay una rebaja del sentimiento de sí mismo que se exprese en autorreproches y autodenigraciones porque como sujeto logra diferenciarse del sujeto de la pérdida. Dicho en otras palabras, el duelo es el resultado del proceso depresivo en el cual no hay nada inconsciente en lo que concierne a la pérdida. Así mismo, el duelo como proceso depresivo no solo estanca el sentimiento de frustración y enojo propio del dolor ante la pérdida, sino que también puede resignificarse como una fuerza reestructuradora de la realidad, una oportunidad para reconciliarse con el mundo y perdonar con una actitud esperanzadora de reparación. En “Los tiempos del duelo” de Adriana Bauab (2001) se profundiza en el tema del duelo como una oportunidad para el cambio del estado inmovilizador del dolor:

Sin embargo, los duelos no son solamente el caldo de cultivo de padecimientos, también pueden llegar a ser la ocasión, la exquisita oportu-

Así mismo, el duelo como proceso depresivo no solo estanca el sentimiento de frustración y enojo propio del dolor ante la pérdida, sino que también puede resignificarse como una fuerza reestructuradora de la realidad, una oportunidad para reconciliarse con el mundo y perdonar con una actitud esperanzadora de reparación.

tunidad, para que en la mencionada recomposición significativa que comporta la elaboración de la pérdida constituyan el campo fértil para subjetivarla, o sea, elevarla a la categoría de falta, y consecuentemente propiciar una redistribución del goce. Es decir, transitar por los tiempos de la elaboración del duelo, trae aparejado el cumplimiento más acabado de su función. Esto se traduce no únicamente en la sustitución de un objeto por otro, sino en la transformación de la relación del sujeto con el objeto fantasmático. Operatoria habilitante para que los actos a advenir prosperen en las vías del deseo, quedando íntimamente ligados a un fin sublimatorio. (p.16)

Por lo tanto, el duelo es un concepto en el que es tan importante el modo como se asume la muerte o la pérdida, bien sea desde la colectividad en lo que se refiere a una comunidad o en los casos particulares con sus singularidades. Esto no significa que todas las pérdidas deban procesarse desde el duelo, pues solo aquellas pérdidas que tocan lo más profundo del ser son las que Lacan llamó la función del duelo, “si su elaboración involucra una función, es subjetivamente, atañe a un cambio de posición subjetiva, a una reorganización de la carga libidinal respecto del objeto fantasmático; a una transformación de la distribu-

Freud propone tres elementos de caracterización de la melancolía: en primer lugar, la tendencia narcisista, cuando la melancolía regresa al sujeto a la fase oral de la libido (como pulsión de vida), o sea al narcisismo en el que el sujeto se identifica con el objeto perdido y se castiga a sí mismo.

ción del goce” (Bauab, 2001, p.17). En el duelo la pérdida es irrecuperable, lo importante es la reconstrucción de la actitud frente a la misma.

Para poder afirmar entonces que se está en duelo es necesario identificar la carencia, aceptar la pérdida, no renegar ni autocastigarse, procesar el dolor disponiendo de la falta para recrearla, como una oportunidad para transformar la realidad. Todo lo contrario sucede en la melancolía, en la que el sujeto que padece la pérdida no logra superarla y entra en un estado de queja constante sobre el yo mismo. Se hace reproches y espera ser castigado. No acepta lo perdido y su empobrecimiento se funda en recuperarlo eternizando el dolor en la ambigüedad que le ocasiona porque no logra diferenciarse del objeto de su pérdida. En el artículo “Duelo y melancolía” citado por Jaramillo (2005) se define como:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí, que se exterioriza en autorreproches y autodegradaciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. (p.242)

Muchas veces, en la imposibilidad de recuperar lo perdido y bajo estado de frustración pueden aparecer sentimientos de venganza en las personas, perdiendo el respeto por sí mismas, de tal modo que la queja constante y el autocastigo provocan la disminución de la autonomía que a su vez termina en un sentimiento de minoría de edad colectiva, aprovechada por los sistemas dominantes.

Freud propone tres elementos de caracterización de la melancolía: en primer lugar, la tendencia narcisista, cuando la melancolía regresa al sujeto a la fase oral de la libido (como pulsión de vida), o sea al narcisismo en el que el sujeto se identifica con el objeto perdido y se castiga a sí mismo. En lo colectivo, los sujetos pueden hacer daño a sus hermanos quienes serían el reflejo de sí mismos.

En segundo lugar, se establece un incremento de instinto de tánatos que se impone al eros, es decir la pulsión de muerte que se agudiza y en muchos casos termina imponiéndose a la pulsión de vida, cuando el sujeto se trata a sí mismo como un objeto y expresa su rabia contra sí mismo

Y en tercer lugar, una tendencia maníaca de ver la realidad como una actitud ante la melancolía de forma burlesca, como un juego o chiste.



Toda esta teoría puede ayudarnos a entender algunos de los componentes de la realidad colombiana, en la medida en que el panorama de violencia que ha marcado la historia nacional con sus diversos actores juega un papel determinante en la consolidación de las identidades individuales y colectivas. Si bien los estados melancólicos posibilitan la reflexión y hasta la denuncia, también nos llevan a un estado de eterno dolor lamentándonos de los tiempos mejores en que había paz y la perdimos, quejándonos y siendo indiferentes ante el dolor ajeno o justificando la violencia bajo el lema de que en Colombia es normal. En este sentido, los bienes culturales son los que a partir del arte pueden cambiar la perspectiva melancólica en la medida en que a través de la imposición del eros, se mantenga una cohesión que determine la pulsación de vida sobre la pulsación de muerte. Sin embargo, está claro que estos bienes en muchas ocasiones favorecen los estados melancólicos a favor de intereses particulares, así lo afirma Alejandra Jaramillo (2005):

El Estado y el establecimiento colombiano aprovechan las dificultades que la sociedad colombiana tiene para elaborar el dolor de sus violencias con el fin de ejercer poder sobre seres con bajos niveles

de autonomía y libertad. En este sentido, las industrias culturales y el Estado, en su tendencia a regular la producción de bienes culturales a través de los intereses del mercado, sacan partido del vacío simbólico, de la dificultad para elaborar el dolor, con el fin de ganar adhesión social (p. 67).

El estudio de Jaramillo (2005), considerando la literatura como un bien cultural, clasifica algunas novelas por su gran impacto de masificación y por sus posturas frente a la violencia: “Satanás, de Mario Mendoza, Rosario Tijeras, de Jorge Franco, Perder es cuestión de método, de Santiago Gamboa, La virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo y Delirio, de Laura Restrepo. Estas novelas presentan una serie de características que muestran tendencias melancólicas en su relación con la violencia y que generan lecturas de la identidad nacional, de una nación melancólica” (p.125). En todas, el fenómeno reincidente es la permanencia en el estado melancólico que no ofrece posibilidades de reconfiguración de la realidad.

No obstante, no todos los bienes culturales aunque denuncien o enuncien el fenómeno de la violencia caen en la sublimación e imposición de la melancolía como modelo y por ende como agentes perpetuadores de la misma. Siem-

pre hay quienes en el arte encuentran la manera de subvertir lo establecido y es así como llegamos a la novela *El ruido de las cosas al caer*, de Juan Gabriel Vásquez, obra ganadora del premio Alfaguara 2011.

El Estado y el establecimiento colombiano aprovechan las dificultades que la sociedad colombiana tiene para elaborar el dolor de sus violencias con el fin de ejercer poder sobre seres con bajos niveles de autonomía y libertad. En este sentido, las industrias culturales y el Estado, en su tendencia a regular la producción de bienes culturales a través de los intereses del mercado, sacan partido del vacío simbólico, de la dificultad para elaborar el dolor, con el fin de ganar adhesión social.

El título de la obra hace referencia a una imagen bastante repetida a lo largo de la narración: aviones que caen. Las vidas de los personajes están marcadas por varios accidentes aéreos. La tragedia de Santa Ana en 1938, la explosión en el aire del avión de Avianca en 1989 y el choque del American Airlines contra el cerro El diluvio, cerca de Cali, en 1996. También se refiere metafóricamente al desmoronamiento de los proyectos familiares de los personajes como consecuencia del narcotráfico.

La historia narrada se desarrolla entre los años setentas y noventas, época del boom del narcotráfico en Colombia. El tráfico de drogas comenzaba a tener una importante repercusión en Bogotá, soportado con la ayuda del terror y la violencia que trasciende los pequeños resentimientos y venganzas de la gente común cuyos actores son colectivos: "(...) el Estado, el Cartel, el Ejército, el Frente.", tan habitual en la vida cotidiana. (Vásquez, 2011, p.18).

Vásquez en una entrevista³ sostiene que el libro busca responder a dos preguntas: ¿Cómo marcó a una generación ser contemporánea de ese negocio? Y ¿Cómo lo hizo

Del miedo por el narcotráfico que marcó a toda una generación de un modo determinante y cuyas acciones recayeron muchas veces en quienes menos tenían que ver con el negocio; destruyó vidas y familias enteras utilizando los mecanismos más violentos a través de los cuales condicionó la vida de las personas y provocó la incertidumbre sobre un riesgo imaginario que prometía volverse realidad contra la población civil en cada calle, cada centro comercial, cada avión.

con quienes no tenían nada que ver pero coincidieron en el mismo espacio geográfico con el negocio?

Estas preguntas se van resolviendo en la trama narrativa cuyos personajes desde la memoria histórica reconstruyen sus vidas, que en últimas son las de todos los colombianos que de una u otra manera padecemos esa época de terror. La novela habla del miedo personal y colectivo que inmoviliza a todo un país y pone de relieve la falta de control en la defensa de la propia vida ante los atentados y asesinatos de políticos a manos del narcotráfico, experiencia vivida por Antonio Yammara, el personaje principal y narrador que resultó herido gravemente al estar presente en el atentado a su amigo Ricardo Laverde. Del miedo por el narcotráfico que marcó a toda una generación de un modo determinante y cuyas acciones recayeron muchas veces en quienes menos tenían que ver con el negocio; destruyó vidas y familias enteras utilizando los mecanismos más violentos a través de los cuales condicionó la vida de las personas y provocó la incertidumbre sobre un riesgo imaginario que prometía volverse realidad contra la población civil en cada calle, cada centro comercial, cada avión. A pesar de esto, en la novela puede evidenciarse que el miedo que sienten

³ Entrevista concedida a la revista *Leemas de Gandhi*, publicada el 12 de julio de 2011. <https://youtu.be/UWQvalVuVxY>



los personajes no se aposenta melancólicamente en ellos, se explora sutilmente, aunque el narrador aluda constantemente a él. En este sentido, el miedo como factor que inmoviliza al personaje principal y lo anula en la posibilidad de reconfigurar temporalmente la pérdida de su vida como ciudadano habitual para caer en la categoría de víctima, degradado en un estado de negación de la realidad e instalado en una pesadumbre anímica, se transforma en duelo detenido, duelo melancolizado. Bien afirmó Freud llamar melancolía al estado cuando no se ha identificado cuál es el objeto que se perdió y llamar duelo melancolizado a aquel detenido en sus tiempos de elaboración. En la novela, aunque el objeto perdido-ser un ciudadano habitual y no una víctima accidental- pueda individualizarse está lejos de entrar en la vía de inscribirse como falta en la estructura, pues bien sabemos que al final, Antonio sale del estado de duelo melancolizado y se dispone a recuperar su estado de goce, que sería su disposición a reconfigurar la realidad. Son reiterativas las referencias a este miedo que lo sumerge en estado de duelo melancolizado:

(...) Recuerdo las noches. El miedo a la oscuridad comenzó en esos últimos días de la hospitalización (p. 56); (...) el miedo era la

principal enfermedad de los bogotanos de mi generación (p. 58); (...) el miedo, en el lenguaje fantástico del terapeuta que me atendió después de los primeros problemas, se llamaba estrés postraumático, y según él tenía mucho que ver con la época de bombas que nos había asolado unos años atrás (p. 58); (...) cómo hacer para no tener miedo, o para tener una dosis razonable de miedo, la que tiene todo el mundo (p.67).

No obstante, aunque existen algunos rasgos melancólicos en la novela no por esto es una obra que genera una lectura de identidad nacional de una nación melancólica. Todo lo contrario, estos rasgos son acontecimientos que de una u otra manera se ciñen a la trama, incitando al protagonista a movilizarse en la búsqueda de la verdad sobre el pasado-que es el pasado de la nación- que será la clave para que pueda salvar a su familia a futuro. Algunos rasgos melancólicos son: la masificación de los medios de comunicación que immortalizan la relación con la violencia; la apropiación de los bienes culturales que se ponen al servicio del Estado en la perpetua noticia de los hipopótamos que abre la narración como invocación del imperio de Pablo Escobar; el asesinato de Álvaro Gómez; la violencia sufrida por la corrupción; la degradación de la

Algunos rasgos melancólicos son: la masificación de los medios de comunicación que immortalizan la relación con la violencia; la apropiación de los bienes culturales que se ponen al servicio del Estado en la perpetua noticia de los hipopótamos que abre la narración como invocación del imperio de Pablo Escobar; el asesinato de Álvaro Gómez; la violencia sufrida por la corrupción; la degradación de la sociedad cuando el narcotráfico alcanza a la gente común.

En esta perspectiva se reafirma en la novela el sentido de duelo y no de melancolía. Antonio es víctima de un ataque sicarial que deja como resultado, aparte de la muerte de su amigo, lesiones físicas que trascienden a síntomas postraumáticos graves que requieren hospitalización y tratamientos y cuya percepción subjetiva de amenaza a la vida aumenta las probabilidades de presentar secuelas psicológicas que afectan de modo significativo su ser.

sociedad cuando el narcotráfico alcanza a la gente común; la negación maníaca de la realidad; la inmovilidad de Antonio en su estado de duelo melancolizado que no logra reponerse a lo perdido y por ende su impotencia física mediada en la metáfora de la castración al narrar la compleja historia sin desenlace, salvo el fracaso vital, entre otros.

Por lo tanto, si tales acontecimientos movilizan la trama hacia la reparación, es entonces una novela de duelo y no de tendencias melancólicas en su relación con la violencia. De allí, que en medio de las tragedias aéreas en las que la voz del narrador reconstruye la horrenda historia nacional de los atentados sobrevive el personaje Maya Fritts, no como víctima directa sino como la hija de una de ellas quien en nombre de un amor sin futuro salva a la otra víctima del sino de las consecuencias de la violencia ejercida por el narcotráfico, a Antonio Yammara, el protagonista.

En esta perspectiva se reafirma en la novela el sentido de duelo y no de melancolía. Antonio es víctima de un ataque sicarial que deja como resultado, aparte de la muerte de su amigo, lesiones físicas que trascienden a síntomas postraumáticos graves que requieren hospitalización y tratamientos y cuya percepción subjetiva de amenaza a la vida au-

menta las probabilidades de presentar secuelas psicológicas que afectan de modo significativo su ser, su sexualidad como un referente de indefensión y su vulnerabilidad manifestada en su impotencia. Su cuerpo no responde al placer porque tiene una percepción de sí mismo como posible blanco de otros ataques y porque además desarrolla un fuerte sentimiento de desconfianza que lo mantiene alejado de las personas que quiere. La impotencia sexual es su propia impotencia ante una vida injusta que lo escogió como víctima en un asunto que nada tenía que ver con su razón de ser. Por eso busca desesperadamente respuestas a su condición escudriñando en el pasado de quienes entraron en su vida con el afán de interpretar lo que las coincidencias o el destino propio de cualquier ciudadano que vive en un país violento padece y cuyos efectos desequilibran su salud física y mental.

Acostarse con Maya Fritts en el augurio de lo impredecible, fue un fracaso ante su miembro inerte: “Maya me tocó inútilmente, inútilmente se metió mi miembro a la boca, su lengua inútil me recorrió sin ruido, y luego su boca resignada volvió a mi boca y sólo en ese momento me di cuenta que estaba desnuda” (Vásquez, 2011, p. 241). Se repitió la historia de sus noches



de amor con Aura, su esposa, encerrado en su duelo melancólico en la negación del placer, del eros. Pero sucedió el milagro cuando Maya sin saber activa su sanación al acariciarle la herida provocada por el accidente. Hecho el reconocimiento de su desgracia, con sus dedos Maya desdibuja la tragedia y él se entrega como un ser dador de placer dispuesto a reconstruirse en una soledad compartida que lo redime. “pensé que los dos estábamos solos en esa habitación y en esa casa, pero solos con una soledad compartida, cada uno solo con su dolor en el fondo de la carne pero mitigándolo al mismo tiempo mediante las artes raras de la desnudez” (Vásquez, 2011, p. 241).

Al final, Antonio regresa a Bogotá lleno de ilusiones por rehacer su familia, pero ya su esposa lo ha abandonado llevándose a su hija. Su actitud entonces no es de retroceso en su lucha por salir del estado melancólico, todo lo contrario, la novela termina con una reflexión en la que se evidencia el duelo, que da a entender al lector que quizá existe la esperanza del regreso y se prepara con el recurso narrativo de las preguntas que son las mismas que nos hacemos los lectores ciudadanos de un país que se dice melancólico, pero que poco a poco ha ido recon-

figurando su duelo:

Pensé en lo que le diría a Aura si volviera a llamar. ¿Le preguntaría dónde estaba, si podía ir a recogerla o si tenía derecho a esperarla? ¿Guardaría silencio para que ella se diera cuenta de que había sido un error abandonar nuestra vida? ¿O trataría de convencerla, de sostener que juntos nos defenderíamos mejor del mal del mundo, o que el mundo es un lugar demasiado riesgoso para andar por ahí, solos, sin alguien que nos espere en casa, que se preocupe cuando no llegamos y pueda salir a buscarlos? (Vásquez, 2011, p.259)

Para concluir, Antonio asume el duelo de la pérdida como dijo Bauab (2001): “Luego de ese descalabro estructural, la función del duelo, si opera, propicia el restablecimiento de enlaces y reanudamientos para el sujeto. Función de duelo que reinscribe el lugar destinado al objeto en tanto falta y reinstaura el orden del deseo (p.18)”. En la novela la violencia como consecuencia del narcotráfico destruyó a la familia en una aparente identidad como nación melancólica, pero Antonio Yammará impuso al duelo como asidero de la crisis nacional, la aceptación de la pérdida sustentada en la esperanza de un mejor mañana que bien podría partir de la justicia restaurativa, reafirmando que la literatura colombiana como ma-

nifestación de un bien cultural-no siempre al servicio de los intereses del Estado- ha ido tejiendo historias en las que la elaboración del duelo ofrece otras alternativas que no son quedarse solamente en la eterna melancolía que a modo circular y generacional nos siga condenando a la violencia eterna como una herencia irrefutable.

Bibliografía

- Bauab, A. (2001) *Los tiempos del duelo*. Rosario-Argentina: Editorial Homosapiens.
- Freud, S. (1981) *Obras completas tomo I*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Jaramillo, A. (2005) *Nación y melancolía: narrativas de la violencia en Colombia*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Gerencia de Literatura.
- López, C. (2005) *Periferias de la Narcocracia, ensayos sobre narrativas contemporáneas*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Poch, C. y O. Herrero (2003). *La muerte y el duelo en el contexto educativo*. Buenos Aires: Paidós.
- Vásquez, J. (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Bogotá: Editorial Alfaguara.
- Zuleta, E. (2004). *El pensamiento psicoanalítico*. Medellín: Editorial Lealon.